

LA VIDA NO ES UN OBJETO

¿Qué es la vida? ¿Qué es lo que distingue una rosa de una roca, una hoja de roble de una hoja de papel? Desde la filosofía griega a la ciencia contemporánea, se han multiplicado los intentos de explicar qué es la vida, pero todos saben a poco. Hace cuatro siglos, Descartes declaró que solo los seres humanos tenemos inteligencia y sensibilidad y que todos los demás organismos actúan de manera ciega y mecánica. Siguiendo su rastro, hemos tomado como modelo lo que es abstracto y sin vida: creemos que es verdaderamente real lo que es racional y cuantificable, no lo que es vivo, cualitativo y concreto.

Nos hemos erigido como sujetos que querían analizar la vida como objeto. Pero entonces se desvanece nuestro arraigo en el mundo.² Y se desvanece la vida, porque no es un objeto. No se deja fosilizar en una fórmula, escapa de las jaulas conceptuales. Se empieza a decir que es necesario «dar vida a la biología» y construir una «biología digna de la vida».³

Tanto el neodarwinismo como el creacionismo reducen la vida a la no-vida: a fuerzas ciegas y mecánicas (neodarwinismo) o trascendentes y sobrenaturales (creacionismo), totalmente ajenas, en ambos casos, a lo que la vida tiene de orgánico e inmanente.

La vía media de la evolución

Sin duda la vida evoluciona, como evoluciona asimismo nuestra comprensión de la vida. A fin de dar a conocer los nuevos modos de entender la evolución que está desarrollando la ciencia, en la primavera de 2014 un grupo internacional de prestigiosos biólogos puso en marcha el portal de internet *The Third Way* [La Tercera Vía].⁴ El grupo se presenta así:

La gran mayoría de la gente cree que solo hay dos formas de entender los orígenes de la diversidad biológica. Una es el creacionismo, que invoca la intervención de un Creador divino. Obviamente, eso no es científico, porque implica una fuerza sobrenatural arbitraria en el proceso evolutivo. La alternativa normalmente aceptada es el neodarwinismo, que sí es ciencia natural, pero que ignora mucha evidencia molecular contemporánea e implica un conjunto de supuestos sin fundamento sobre la naturaleza accidental de la variación hereditaria. [...] En la actualidad muchos científicos ven la necesidad de una exploración más profunda y completa de todos los aspectos del proceso evolutivo.

El público en general, y también muchos científicos, a día de hoy todavía no son conscientes de

décadas de investigación en ciencia evolutiva, en biología molecular y en secuenciación del genoma que dan respuestas alternativas a cómo los nuevos organismos se han originado en la larga historia de la vida en la Tierra. [...] Lo que sabemos del ADN no sostiene la afirmación de que pequeñas mutaciones aleatorias son la principal fuente de variaciones nuevas y útiles.

The Third Way presenta nuevas visiones de la evolución, siempre desde una perspectiva empírica y científica, sin caer en la negación de la evidencia que cada vez afecta más a la ortodoxia neodarwinista:

El neodarwinismo ignora importantes procesos de evolución rápida como la simbiogénesis, la transferencia horizontal de ADN, la acción del ADN móvil y las modificaciones epigenéticas. Además, algunos neodarwinistas, sin una base empírica real, han elevado la selección natural a una fuerza creativa única [...].

El genoma no es un código, y ni siquiera es algo rígido:

Hoy sabemos que en la gran diversidad de procesos de variación hay una intervención bien re-

gulada de la acción celular sobre las moléculas de ADN.

Los genomas se fusionan, se encogen y crecen, adquieren nuevos componentes de ADN, y modifican sus estructuras a través de procesos celulares y bioquímicos bien documentados.



La biología moderna tiene como padrinos ideológicos la física de Newton y la economía capitalista (en su malsana versión malthusiana). Pero hace tiempo que una y otra han perdido su prestigio. A principios del siglo xx, cuando la física parecía a punto de dar con el fundamento último de la materia, se encontró con las paradojas cuánticas y relativistas. Hoy la biología está viviendo una transformación similar: parecía a punto de encontrar las partículas elementales de la vida, perfectamente uniformes, aislables y controlables (los genes, los ácidos nucleicos), pero está topando con una red inextricable de relaciones donde todo influye en todo.

Seguimos utilizando la física clásica, pero lo hacemos por inercia y comodidad, no porque refleje el fondo más íntimo de las cosas. Hoy podemos leer en *Nature*, la más prestigiosa de las revistas científicas, que «el comportamiento de un electrón

depende de lo que hacen todos los demás» hasta el punto de que el electrón como entidad individual se convierte en «una ficción». ⁵ La biología molecular está descubriendo tres cuartos de lo mismo. Un equipo de la Universidad Libre de Bruselas que intentaba comprender un pequeño grupo de interacciones en el interior de la célula acabó concluyendo que la complejidad se dispara exponencialmente: cualquier intento de representación da una «gráfica de horror» (*horror graph*) porque «todo hace de todo a todo» (*everything does everything to everything*). ⁶

2

RECONCILIAR LA VIDA Y LA MENTE

La escisión entre la vida (el cuerpo, la naturaleza) y la mente (el alma, la inteligencia) es el trauma originario de la cultura occidental. Se manifiesta en tres rasgos especialmente acentuados en las culturas de raíz judeo-cristiana: el miedo a la muerte, la incomodidad ante la sexualidad y la actitud colonial ante la naturaleza. La cultura occidental, acaso más que ninguna otra, históricamente ha querido distanciarse de la naturaleza y de la vida. Durante siglos rechazamos la naturaleza, el cuerpo y la sexualidad (el mundo «terrenal») en aras de un supuesto paraíso celestial. Nietzsche lo vio y a su modo buscó vías para la liberación de la vida. ⁷